

SOBRE LA POSIBILIDAD DE LA AUTENTICIDAD DEL HOMBRE. APROXIMACIÓN FILOSÓFICA AL *EMILIO* DE ROUSSEAU

Recibido: 6 de junio de 2014
Aprobado: 10 de julio de 2014

Por Rodrigo Landa Reyes*
CCH Naucalpan, UNAM

Resumen

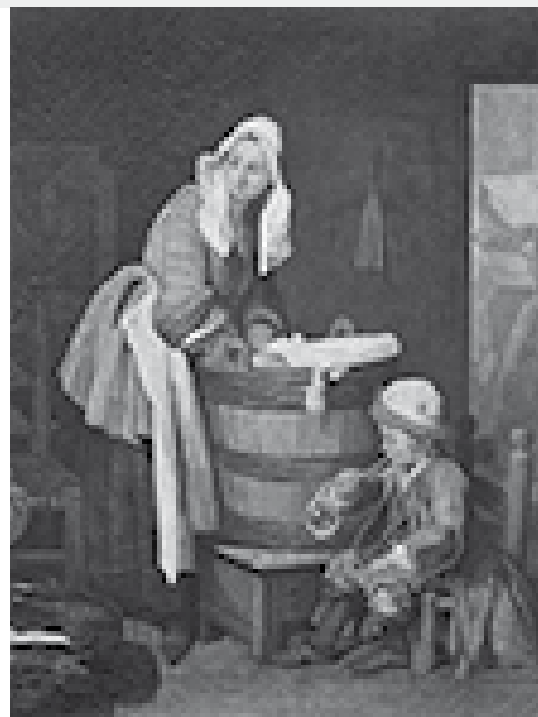
Emilio, una de las más extensas obras de Rousseau cuya interpretación y estilo distan de ser sencillas, relata la educación de un ser humano (de la infancia a la edad adulta), a partir del cultivo del amor de sí y su correspondiente limitación del amor propio, ambas partes constitutivas del hombre. La finalidad de su obra es mostrar a un hombre auténtico, alejado de toda convencionalidad, pero capaz de vivir en sociedad; de igual forma, muestra cómo sería posible que un hombre viviera de manera unitaria, no escindida. En este trabajo se analizarán las posibilidades de estas altas pretensiones rousseauianas.

Abstract

Emilio is one of the most extensive Rousseau's works where the interpretation and style are far from simple. It portrays the education of the human being (from childhood to adult age), from the develop of self love and the natural limitation of it; both parts which humans are made of. The resolution of his piece is to show the authentic man, far away from all conventionality, but able to live inside of a society; likewise, shows how would be if man lives in a unitary way, not divided. In this work will be analyzed all the possibilities on this high rousseauian pretentious.

Palabras clave: hombre, educación, naturaleza, civilización, amor de sí, amor propio.

Keywords: man, education, nature, civilization, self-love, self-esteem.



Jean-Baptiste Chardin, *La lavandera*, 1735: http://es.wikipedia.org/wiki/Pintura_rococo%C3%B3#mediaviewer/File:Jean-Baptiste_Sim%C3%A9on_Chardin_019.jpg

* Maestro en Filosofía por la UNAM con Especialidad en Educación por Competencias Docentes por la UPN. Impartió el Seminario Monográfico de Nietzsche en la FES Acatlán, mientras que en el Instituto Filosófico-Teológico Agustiniiano, dio el curso sobre Antropología Filosófica. Labora actualmente en el Colegio de Bachilleres y desde hace cinco años, se ha venido desempeñando como profesor en las asignaturas de Filosofía I y II, en el Colegio de Ciencias y Humanidades, Plantel Naucalpan. <phrontisterio@hotmail.com>

Preámbulo hermenéutico

Es sabido por muchos que el tratado de Rousseau llamado *Emilio* versa sobre la educación. En dicho texto el pensador ginebrino, mediante la creación de un personaje, es decir, mediante una ficción, ilustra al lector sobre cómo debe ser la formación de un hombre, y si se me permite decirlo, de un *hombre rousseauniano*. A manera de introducción, debo comentar que el estilo del *Emilio* es complejo, dista mucho de parecerse, por ejemplo, a alguna teoría pedagógica contemporánea, hecho que debe preveniros contra las interpretaciones fáciles que del texto puedan extraerse. Estoy pensando en lo siguiente: se cree que el *Emilio* es un escrito dirigido a la humanidad, por consiguiente, se le estaría considerando una especie de “programa educativo” a la espera de ser implementado por algún maestro o institución educativa. No obstante, tendríamos que preguntarnos si ésa fue la intención de nuestro autor. Una publicación, es cierto, está dirigida a la mayoría, a la cual el autor mismo, como es evidente, en muchos casos desconoce. De igual forma, el acto de escribir y publicar implica una fe en que lo que se dice no es estéril, sino más bien fértil. Pero dirijamos nuestra atención a las primeras palabras de Rousseau en su “Prefacio” al *Emilio*:

Este conjunto de reflexiones y observaciones, sin orden y casi sin continuidad, fue comenzado para complacer a una buena madre que sabe pensar (2003, 31).

Más adelante, el propio autor confiesa que el tema le sedujo de tal forma que terminó escribiendo una obra muy voluminosa y que, por esta razón, dudó en publicarla. Al final, Rousseau dice:

Después de vanos esfuerzos para hacerlo mejor, creo deber darlo tal como está, considerando que importa derivar la atención pública hacia este lado; y que, aun cuando mis ideas fuesen malas, si yo las hago nacer buenas en otros, no habré perdido del todo mi tiempo. Un hombre que en su retiro lanza sus hojas al público sin publicidad, sin partido que lo defienda, sin saber incluso lo que se piensa o lo que se dice, no debe temer que si se equivoca, se admitan sin examen sus errores (2003, 31).

¿Cómo podemos explicarnos las palabras que en un inicio el propio autor nos está diciendo? Primero nos declara que su escrito tuvo en un principio la intención de complacer a *una* madre “que sabe pensar”; posteriormente, que no se debe temer al hecho de que el *público* admita sin examen sus errores. ¿Qué podríamos deducir de todo esto? ¿Que el autor se dirige tanto a los pensantes como a los no pensantes?

¿Que espera las buenas interpretaciones de los pensantes y que a las malas interpretaciones de los no pensantes no se les debe temer? ¿Pero qué no acaso hacer tal distinción no chocaría gravemente con una de las principales tesis de Rousseau, quizá la segunda más socorrida de ellas en nuestra época después de la de la libertad, la de la igualdad humana? Hasta aquí lo que podríamos sostener es que las famosas tesis de Rousseau, mejor dicho, lo que la tradición nos ha transmitido acerca de su pensamiento, deberían quedar pendientes, cuando menos hasta el momento de lograr, por cuenta propia, una mejor lectura, una mejor interpretación.

Reflexionemos ahora, para abundar sobre lo anterior, en el título de la obra: *Emilio o de la educación*. Llama la atención que el texto posea un nombre propio. Uno no deja de recordar los *Diálogos* de Platón o las tragedias griegas, en fin, las obras poéticas de diversos autores tanto antiguos como modernos que llevan por título el nombre del personaje principal, en el entendido de que a partir de éste se desarrollará toda la historia. ¿Será acaso que Rousseau tuvo en mente desde un inicio crear una ficción literaria, cuyo nombre sería “Emilio”, con el fin de poner en escena y demostrar así sus ideas? Si ésta fuera la finalidad, ¿Rousseau habría pretendido que su libro se entendiera como un plan de acción?

Vayamos por partes, tengamos como guía las propias palabras del autor que aparecen en el “Prefacio”, e intentemos ensayar una respuesta a nuestras preguntas. Primero que nada, el mismo Rousseau comprende (2003) que su labor no tanto es crítica sino edificante, en el sentido en el que él propondrá un arte de formar hombres (*cfr.*, Rousseau, 2003, 31); de igual manera, considera que su novedad consiste en observar bien la infancia, asunto desatendido, a su entender, por los filósofos, y en este sentido asevera:

He aquí el estudio en el que me he aplicado más, a fin de que, aun cuando todo mi método fuese quimérico y falso, siempre se pudieran aprovechar mis observaciones. Puedo haber visto muy mal lo que es necesario hacer; pero creo haber visto bien el objetivo sobre el que se debe actuar (2003, 32).

Quizá no sea exagerado decir que Rousseau tenía presente el carácter hipotético de su obra.¹ No obstante, tenía presente también que de dichas hipótesis se podrían extraer grandes enseñanzas. En este sentido, aunque

¹ *Cfr.* a este respecto: J.J. Rousseau, *Discurso sobre el origen de la desigualdad*: No es preciso considerar las investigaciones que pueden servirnos para el desarrollo de este tema como verdades históricas, sino simplemente como razonamientos hipotético y condicionales, más propios a esclarecer la naturaleza de las cosas que a demostrar su verdadero origen, semejante a los que hacen todos los días nuestros físicos con respecto a la formación del mundo” (2004, 139). El subrayado es mío.

la historia de la educación de Emilio, la cual se detallará en un considerable número de páginas, sea “quimérica y falsa”, podrá servir, a la manera de una novela, para hacernos ver asuntos relacionados con la formación humana, más aún, con la naturaleza humana o, haciendo eco a las palabras de Allan Bloom (1999, 234): “El *Emilio* es un experimento para devolver la armonía a ese mundo, reordenando las adquisiciones humanas de manera tal que puedan evitarse los desequilibrios creados por ellas y puedan realizarse plenamente las potencialidades del hombre”.

Rousseau sabe que tiene que defender su escrito en contra de quienes lo tachan de iluso o de idealista: “Proponed lo que sea factible me repiten sin cesar”, comenta, así que

**“Todo es perfecto
al salir de las
manos del hacedor
de todas las cosas;
todo degenera entre
las manos del hombre.”**

Rousseau

él defiende su proyecto apelando a su “bondad absoluta”, por un lado, y por otro, a la “facilidad de su ejecución” (*cfr.*, Rousseau, 2003, 32). Con respecto a la primera condición, Rousseau la justifica diciendo que está implícita en la naturaleza del objeto estudiado, en otras palabras, su proyecto es bueno porque naturalmente el hombre lo es también. Pero la segunda condición, afirma, depende de la particularidad y variabilidad de la situación, asunto que complica la puesta en marcha del proyecto mismo. Entonces, ¿qué está tratándonos de decir Rousseau? ¿Que su proyecto es y no es factible? ¿Que lo es en tanto hay hombres, pero no lo es en tanto que existen un sinnúmero de circunstancias? ¿Que Emilio es único puesto que surge en un

particularísimo contexto?, pero que dicho contexto, dadas las infinitas posibilidades, ¿es posible que alguna vez se dé? ¿Qué responde nuestro autor a todo esto?

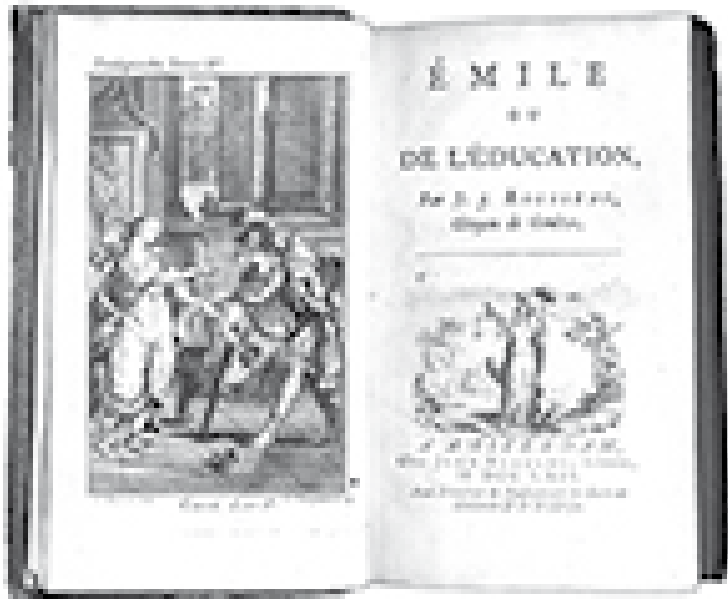
Me basta que por todas partes en donde nazcan hombres pueda hacerse lo que yo propongo; y que habiendo hecho ellos lo que yo propongo, se haya hecho lo que de mejor existe para ellos mismos y para el prójimo. Si yo no cumplo este compromiso, se cometería también un error al exigirme más, pues yo no prometo sino esto (2003, 33).

La promesa rousseauiana, pues, consiste en hacer valer su singular propuesta a todo aquel hombre que recoja sus hojas tiradas al viento; quien lea y practique sus precep-

tos puede llegar a reconocerse en su humanidad, concretamente la descrita por Rousseau, y bien puede tratarse de un individuo que cumpla con características similares a las de Emilio o de una multitud bienintencionada. No podríamos exigirle más al autor, ya que él promete solamente lo que está contenido en el libro.

En los primeros párrafos del libro primero del *Emilio* encontramos el tema clásico de este autor: la oposición entre la naturaleza y la civilización. La primera oración es digna de ser mencionada: “Todo es perfecto al salir de las manos del hacedor de todas las cosas; todo degenera entre las manos del hombre” (2003, 35). Ante tan contundente aseveración, ¿qué cosas podríamos esperar que nos diga en lo posterior el autor? Quizá uno podría llegar a pensar –debido a lo que comúnmente se dice de él– que lo que sugerirá después es que retornemos a un “estado natural”, es decir, a un *estado presocial* caracterizado por la ausencia de toda institución; no obstante, nos advierte desde el comienzo que no va a promover una formación en la cual no se considere la civilización. Entonces, a pesar de que todo lo que sale de las manos del hombre degenera, éstas son necesarias. Pero ¿en qué sentido lo son? Es lo que tratará de decirnos Rousseau en su libro.²

Para empezar, tiene claro que el principio de nuestra formación no se encuentra en nosotros mismos, tal como se pudiera encontrar en alguna planta o en algún animal: “Un hombre abandonado a sí mismo entre los demás desde su nacimiento, sería el más desfigurado de todos” (2003, 35), asevera el autor. Así pues, lo que pone de manifiesto con estas palabras es la necesidad de que haya otro hombre que cumpla la función de asistir y de educar, en este contexto, de una manera muy especial. Este “otro hombre” –Rousseau mismo como el diseñador del método utilizado con Emilio–, curiosamente perteneciente al mundo civilizado, será quien *personalmente* forme a aquel que comienza su existencia dentro del mundo de los hombres.



<http://www.automation-drive.com/jean-jacques-rousseau-1762>

² Cfr. con lo mencionado por Bloom en su estudio acerca del *Emilio*: “Como dice Kant, se trata de la obra que intenta reconciliar la naturaleza con la historia y la naturaleza egoísta del hombre con las exigencias de la sociedad civil y, por lo tanto, las inclinaciones con el deber. El hombre necesita una educación curativa que lo haga retornar a sí mismo” (Bloom, 1999, 233).



<https://www.flickr.com/photos/juanfranvelasco/8220988853/in/pool-rousseau/>

Para ejemplificar lo anterior, nuestro autor utiliza una analogía relacionada con el crecimiento de un árbol. Si imagináramos que uno de éstos creciera en medio de un camino muy transitado (atención: la imagen es la de un árbol que crece no en el bosque, sino en un pueblo o en una ciudad donde hay flujo de personas), los caminantes lo harían perecer a causa de estar pasando una y otra vez por encima de él: un árbol abandonado al azar, de acuerdo con este ejemplo, tendría pocas probabilidades de lograr su plenitud. Por el contrario, si este árbol fuese cuidado por alguien desde un inicio, si se limitara el campo de acción del azar y de factores externos que lo amenazaran, su final sería feliz: el árbol malogrado y pisoteado por la gente es análogo al individuo dejado a su suerte, maleducado por los prejuicios y opiniones sociales. Ahora bien, ¿cómo evitar la mala educación?

De acuerdo con Rousseau, la necesidad del educador proviene del hecho de que, debido a que el simple nacimiento no garantiza el buen desarrollo del hombre, se debe de cuidar de que éste último esté alejado de quienes lo pisoteen, de los prejuicios, como decíamos arriba. Al respecto, nuestro autor afirma: “Todo lo que nosotros no poseemos por nuestro nacimiento y de lo que tenemos gran necesidad al ser mayores, nos es dado por la educación” (2003, 36). Sus palabras nos hacen ver que no somos auto-suficientes ni independientes como individuos, al contrario: necesitamos la ayuda de un tercero. La naturaleza, dice, es uno de tres maestros con los que contaremos a lo largo de nuestra vida, los otros dos son las cosas y los hombres, como apunta Rousseau:

El desarrollo interno de nuestras facultades y de nuestros órganos es la educación de la naturaleza; el uso que se nos enseña a hacer de este desarrollo es la educación de los hombres; y la adquisición de nuestra propia experiencia sobre los objetos que nos afectan es la educación de las cosas (2003, 36. El subrayado es mío).

Resulta inquietante que Rousseau considere que la naturaleza sea una maestra; su enseñanza, en todo caso muy limitada, se constriñe únicamente al “desarrollo interno de nuestros órganos y facultades”; en estricto sentido, debemos mencionar que no nos enseña nada. Para decirlo con

otras palabras, la naturaleza es una maestra que enseña sin arte, pero ¿acaso es eso posible? Para abonar más cosas a nuestra perplejidad, líneas más adelante nuestro autor expone que el *verdadero maestro* es el hombre, ya que, se sobreentiende, es el único que posee arte. No obstante,

Dado que la educación es un arte, es casi imposible que ella tenga éxito, pues el concurso necesario para lograrlo no depende de nadie. Todo lo que a fuerza de cuidados pueda hacerse es acercarse más o menos al objetivo, mas es preciso fortuna para alcanzarlo (2003, 37. El subrayado es mío).

¿Qué resulta de todo esto? Por un lado tenemos a una maestra, la naturaleza, que enseña sin arte y, por otro, a un maestro, el hombre, cuyo arte prácticamente está destinado al fracaso. Pareciera ser que Rousseau nos estuviera diciendo que la enseñanza en la que está pensando estriba en que el maestro interviene lo menos posible en el desarrollo de la naturaleza del individuo, porque, a final de cuentas, la educación proviene y depende de éste último. Volviendo a la analogía del árbol, tendríamos que el cuidador se limitaría a vigilar que a aquél no le pasara nada malo; en suma, su labor consistiría en dejarlo ser, en mantenerlo lo más posible en su originalidad y en evitarle situaciones adversas que amenazaran su naturaleza. Si tomamos en cuenta el *Discurso sobre las ciencias y las artes*, entenderíamos por qué dice nuestro autor que es casi imposible que el arte educativo tenga éxito (si se recuerda, *grosso modo*, la tesis de esta obra, es que las ciencias y las artes en lugar de engrandecer al hombre, lo han corrompido, o bien, podría entenderse también como una crítica radical a la teoría como aquella responsable de que el hombre, a causa de las generalizaciones que ella provoca, haya perdido de vista la naturaleza, la vida misma, la experiencia singular [Rousseau, 2004]). Debemos considerar también que el “verdadero maestro” al que se refiere Rousseau es él mismo, quien, de acuerdo con su novedad pedagógica –y filosófica–, nos hará audible la “enseñanza” de la naturaleza. De hecho, dice que las tres educaciones (la de la naturaleza, la de los hombres y la de las cosas) deberían

“Se forman las plantas por el cultivo y los hombres mediante la educación.”

Rousseau



http://www.tocqueville.culture.fr/fr/oeuvre/popup/html/z_influ1.html

tender hacia ese fin. La idea que pregona parece ser la siguiente: debido a que los senderos que recorre la naturaleza son estables y correctos, las educaciones de las cosas y de los hombres, las cuales bien pueden inducir al error a causa de su inestabilidad, de su falsedad e hipocresía, hay que adecuarlas a ella. ¿De qué manera? Haciendo todo lo posible para que nuestras disposiciones naturales no sean alteradas por el hábito y por la opinión. Dichas disposiciones son, a saber, las sensaciones de agrado y de desagrado suscitadas en nosotros por los objetos, la conveniencia o inconveniencia que encontramos con respecto a los objetos y, por último, el juicio que poseamos sobre la idea de felicidad.

Por tanto es a estas disposiciones primitivas a las que precisaría relacionarlo todo; y esto se podría si nuestras tres educaciones no fuesen diferentes. ¿Pero qué hacer cuando ellas son opuestas, cuando en lugar de educar un hombre para sí mismo, se quiere educar para los demás? Entonces es imposible el concierto: forzado a combatir la naturaleza o las instituciones sociales, precisa optar entre hacer un hombre o un ciudadano: pues no se puede hacer a la vez el uno y el otro (2003, 38).

Llegamos así a un punto en el cual nuestro autor, llevado por el hilo de sus reflexiones, nos hace patente una oposición sumamente seria: la del hombre frente al ciudadano. Éste último es definido como un hombre para otros, es entendido como una fracción, es decir que se entiende a partir de otros, mientras que el hombre rousseauiano es un hombre para sí mismo, es un entero, el cual se comprende a partir de sí mismo. De acuerdo con lo que hemos venido analizando, diríamos que el primero llevaría una existencia “inauténtica” debido a que su educación consistiría en lo que los demás –la sociedad– decidan por él; por el contrario, el segundo llevaría a mejor fin su humanidad y, en este

sentido, su educación, porque no tomaría en cuenta otra cosa más que lo que él mismo es; sería, en otras palabras, un hombre *auténtico*. Decir “auténtico” o “sí mismo” implica en el fondo que la formación de este hombre se dará a partir de la *libertad*; en contraste, el hombre “inauténtico”, sujeto a otros hombres y presa de las instituciones, no será más que un esclavo.³

Uno puede darse cuenta de lo que Rousseau está pensando en torno a todo esto cuando comienza a leer los pasajes en los que le dedica su atención al cuidado del bebé. Éste, por ejemplo, no debe estar atado con mantillas ni encerrado en corrales ni ser amamantado por una nodriza o una madre a la fuerza, debe más bien estar libre de todas esas cosas que impidan su movimiento, así como tener a una madre que realmente desee estar con él. Aunque en el primer libro del *Emilio* no aparezcan expresamente las categorías del “amor de sí” y del “amor propio”, las cuales son, para nuestro autor, partes constitutivas de nuestra humanidad, podemos observar que la primera educación del niño –pero asimismo todas las demás– gira en torno a ellas. El “amor de sí” se refiere a las necesidades que tienen que cubrirse para subsistir; este amor puede entenderse como el deseo natural de existir. El “amor propio” surge a partir de la imposición del deseo del niño y, posteriormente, de la comparación con otros. Tanto uno y otro amor pueden ser comprendidos como dos modalidades del deseo: uno es natural, el otro, humano.⁴ El proyecto de Rousseau consiste en contener el amor propio, ya que lo considera la causa del mal.

Dos ejemplos que da el propio autor del *Emilio* y que tienen relación con lo anterior, son a los que centraré mi atención en esta última parte de este trabajo, porque ambos tienen que ver con la respuesta del adulto al niño. El pri-

3 Escuchémoslo con toda franqueza: “Toda nuestra sabiduría consiste en prejuicios serviles; todos nuestros usos no son sino sujeción, tortura y violencia. El hombre civil nace, vive y muere en la esclavitud: a su nacimiento se le cose en una mantilla; a su muerte se le clava en un féretro; en tanto que él conserva la figura humana, está encadenado por nuestras instituciones” (Rousseau, 2003, 42).

4 En palabras de Todorov (2008, 19): “El amor de sí es un sentimiento que el hombre comparte con los animales; en líneas generales, es el instinto de conservación. Es la ‘única pasión natural del hombre’ (*Émile*, II, IV, 322), una ‘pasión primitiva, innata, anterior a cualquier otra y de la cual todas las demás sólo son modificaciones’ (*ibidem*, IV, IV, 491); una pasión comparable con el hombre natural mismo, en el sentido de que, ignorante de toda distinción entre bien y mal, no es menos buena. El amor propio, en cambio, característica sólo del hombre social, consiste en colocarse primero respecto de los demás, en preferirse a todos; conduce al odio por los demás y al descontento de sí mismo. El amor propio es la fuente de todos los vicios, como el amor de sí es la de las virtudes”.

mero consiste en no asistir todas las veces al bebé cuando llora, sino hacerlo cuando se trate sólo de lo estrictamente necesario. Por supuesto que la sugerencia es sumamente difícil de practicar; no obstante, lo que da a entender nuestro autor es que si nos acercamos a nuestro bebé cada vez que llore, aunque no necesite nada, estaremos fomentando su amor propio, pues nos estaremos acercando porque él así lo desea, no porque lo necesite. El segundo ejemplo, tomado también de situaciones cotidianas, estriba en no acercar objetos al niño cuando éste los pide, sino en acercar al niño a los objetos, los que no están a su alcance, por supuesto, o bien ponérselos cerca para que los alcance (*cfr.*, Rousseau, 2003, 68).

Si recordamos lo que anteriormente se dijo acerca de las tres educaciones, y a esto le sumamos lo que hemos dicho acerca del amor propio y del amor de sí, tendremos lo siguiente: el adulto, en los casos que presenta Rousseau, tan sólo está “enseñando” –no adoctrinando– al niño a hacer uso de sus órganos y facultades, con el fin de que éste adquiera experiencia de las cosas que le rodean. Pero además está limitando su amor propio en el sentido de que, por una parte, no le permite imponer su voluntad, es decir, considerar como un instrumento al adulto y, por otra, no le cumple su capricho. Obviamente, las indicaciones que da Rousseau se van complicando a la par del crecimiento de Emilio, pero estructuralmente son las mismas y tienen los mismos propósitos: cultivar más el amor de sí. Con el cultivo de este amor, asegura el pensador ginebrino, viviríamos más apegados a lo que por naturaleza somos y, por ende, lograríamos la felicidad, ya que nos contentaríamos con lo que tenemos y viviríamos de manera unitaria, no escindida, felicidad que se alcanzaría por el hecho de no ser alguien para otros, sino para uno mismo.

Una vez que hemos llegado a este punto debemos preguntarnos a dónde quería llegar Rousseau con todo esto. Su propuesta, sin duda, pretende purificar y liberar al hombre a través del florecimiento de sus pasiones, y la forma de lograr esto consiste en limitar el amor propio. Emilio, de esta manera, es el hombre caracterizado por no estar sujeto a convención alguna, es, en esta acepción, un hombre natural y auténtico en el más pleno sentido de la palabra. No hay que perder de vista que la autenticidad es lograda gracias a que se evita en su educación cualquier asunto relacionado

con las letras. A este respecto, recalca Bloom (1999, 239):

Los libros obran como intermediarios entre los hombres y las cosas; atan a los hombres a las opiniones de otros hombres en lugar de obligarlos a comprender por su propia cuenta o de dejarlos en la ignorancia. Los libros excitan la imaginación y por consiguiente aumentan los deseos, las esperanzas y los temores más allá de lo necesario.

Rousseau comprende que existen un sinfín de convenciones, y muchas de ellas se oponen entre sí hasta el punto de desencadenar cruentas guerras, además de propiciar la alienación;⁵ en cambio, la naturaleza es una sola y la mejor manera de habituarse a ella es evitando cualquier convención. Por otra parte, la contención de la imaginación es importante en todo el proceso educativo de Emilio, pues esto provoca que el deseo y la pasión se hallen sujetos a lo absolutamente necesario.

Quizá el proyecto de Rousseau llevado a cabo en el *Emilio* sea ahora más útil que nunca para nosotros, no tanto como para ponerlo en marcha, sino para percatarnos de los defectos de nuestra humanidad. Pareciera como si nuestro autor estuviera elaborando su obra con unos colores extraños a nuestra costumbre, pero gracias a ese contraste comprendemos mejor que, por ejemplo, lo excesivo de nuestro amor propio conduce a una guerra de voluntades en la que unas quieren imponerse a otras, generando como consecuencia la distinción arbitraria y convencional de los que son amos y los que son esclavos. En este sentido, vemos que las pasiones, en tanto sirvan al deseo



<http://lineadeltiempo-rococo.blogspot.m/2010/05/jean-honore-fragonard.html>

⁵ En efecto, al adoptar una doctrina como propia se abandona el sí mismo a otro, a una autoridad.



<http://www.lagoradesarts.fr/Musee-Fragonard-a-Grasse.html>

natural de conservación, son buenas en sí mismas, pero en tanto sirvan a la imaginación, tienden al mal, es decir, cuando el deseo pretende alcanzar algo que no está dado por naturaleza: gloria, riqueza, por ejemplo. Así pues, dado que la gloria y la riqueza, por sólo mencionar dos elementos, son los ejes con los que el hombre se mueve en la sociedad contemporánea, fácil –a la vez que terrible– resulta ver cómo el prototipo de hombre rousseauiano nos permite romper con el arraigado prejuicio de que nuestra civilización, así como el hombre que habita en ella, es superior.

Bibliografía

- Bloom, A. (1999), *Gigantes y enanos*, Barcelona, Gedisa.
- Bloom, A. (1989), *El cierre de la mente moderna*, Barcelona, Plaza & Janés.
- Marino, A. (2009), *Senderos dialógicos entre antiguos y modernos*, México, D.F., UNAM.
- Rousseau, J.J. (2003), *Emilio*, Madrid, EDAF.
- Rousseau, J.J. (2004), *El contrato social. Discurso sobre las ciencias y las artes. Discurso sobre el origen de la desigualdad*, México, D.F., Porrúa.
- Safranski, Rüdiger (2013), *¿Cuánta verdad necesita el hombre?*, México, D.F., Tusquets.
- Safranski, Rüdiger (2009), *Romanticismo*. México, D.F., Tusquets.
- Todorov, T. (2008), *Frágil felicidad. Un estudio sobre Rousseau*, Barcelona, Gedisa.
- Strauss, L. (2000), *Derecho natural e historia*, Barcelona, Círculo de Lectores.

Cibergrafía

Wikisource. Consultado el 22 de mayo de 2014. <http://fr.wikisource.org/wiki/Auteur:Jean-Jacques_Rousseau>